



Vigilia Pascual Ciclo B

30 de marzo de 2024

...

Mc 16, 1-7
P. Eduardo Suanzes, msp

El final del evangelio según Marcos es abrupto. No acaba como los otros con apariciones del Resucitado, envío de los Doce o palabras de consuelo. ¡Qué experiencia desconcertante la de estas mujeres que las vemos levantarse temprano para ir al sepulcro!¹

Habían acudido siguiendo la costumbre de lo conveniente y adecuado, pero nada sucedió como esperaban: por mucho que madrugaron, ya el sol se les había anticipado; se preguntaban cómo iban a mover la piedra y la piedra estaba ya corrida; llevaban perfumes para embalsamar un cadáver, pero no había ningún muerto, el lugar estaba vacío; buscaban a un crucificado y les anunciaron a un Viviente. Nadie acogió los perfumes de sus manos: se los cambiaron por una misión; antes, que siempre por su condición de mujeres estaban siempre calladas y en segundo plano, ahora el acontecimiento de la Resurrección las transforma en enviadas, en protagonistas de primera línea.

El lugar cerrado se había convertido en un espacio abierto que debían abandonar y no volver a rondar nunca más; el sepulcro debían, a partir de ahora, olvidarlo para siempre: era en Galilea donde él iba a preceder a los suyos. En lugar de un cuerpo, habían recibido una palabra, ya no podían seguir estando en los lugares que antes frecuentaban. Estaban enfrentadas a un acontecimiento inesperado e inaudito que sobrepasaba todas sus capacidades. Por eso reaccionaron con estupor y sobrecogimiento, lo mismo que Pedro, Santiago y Juan cuando Jesús se transfiguró en el monte ante ellos; lo mismo que los discípulos después de la tormenta en el lago, o los que vieron en pie a la hija de Jairo: «se llenaron de temor». ¡Hasta el ángel les tuvo que decir que no se espantaran dada la turbación evidente que manifestaron ante el suceso!

Ellas saben que no pueden mover la piedra, pero ello no las detiene, y que, por tanto, solo mirarán el sepulcro desde fuera. Son conscientes de la fragilidad y la desproporción de lo que las mueve y la pesada losa de la entrada, pero esa lucidez no apaga el incendio de su compasión ni hace su amor menos obstinado.

Por el camino se decían unas a otras: «¿quién nos quitará la piedra de la entrada?». Y eso nos puede pasar a nosotros cuando buscamos a un Jesús del pasado y creemos encontrarlo entre los muertos. La piedra es demasiado grande para nuestras fuerzas; el orden internacional, demasiado injusto; la COVID nos aplasta... ¡cuándo nos vacunaremos todos! ¡Cuántos van a morir todavía por la pandemia en la más absoluta soledad!; la violencia, demasiado arraigada; la presencia creyente, irrelevante; la Iglesia, demasiado temerosa; mi vida...siempre lo mismo, sin novedad ni con la frescura de estar con Jesús.

¹ Cfr. DOLORES ALEIXANDRE. *Fugitivas (y fugitivos)*. En www.feadulta.com

Las mujeres entonces no lo sabían; pero nosotros ya lo sabemos: la piedra pesada que mantenía encerrado a un ser inerte y muerto ha sido removida por la fuerza del Espíritu de Vida que ha resucitado a Jesús. Efectivamente, Jesús no se encuentra en los sepulcros ni en los lugares de muerte. Al Viviente solo se le puede encontrar en la generación de vida, porque él es «*el Camino, la Verdad y la Vida*» y ahora en toda su plenitud.

Quizá las mujeres no vivieron todo eso desde la plenitud de la fe, ni le pusieron el nombre de «esperanza» a sus pasos vacilantes en la noche. Pero lo que sí es cierto es que hicieron ese camino abiertas al asombro, apoyadas en el recuerdo de palabras que prometen vida, dispuestas a dejarse sorprender por una presencia que presienten en la oscuridad todavía de la mañana.

Después de encontrarse con lo inesperado, ahora las mujeres deben cambiar su proyecto de ver el sepulcro de Jesús. No hay nada que hacer porque no hay nadie a quien ver allí. El sepulcro está abierto y ***no sirve como lugar de encuentro***; no ha tenido poder para clausurar la presencia de Jesús en la historia, porque nada de él ha quedado allí. Para encontrarlo hay que salir.

Decíamos ayer que Jesús quiso, por amor al Padre y a nosotros, arrostrar la experiencia de separación de su Abbá: «—Padre, ¿por qué me has abandonado?», gritó en la cruz. El Padre pidió a Jesús en sus últimos momentos que se identificara totalmente con la humanidad, incluyendo el asumir todas las consecuencias del pecado. Al aceptarlo, al quererlo, Jesús experimentó al máximo ese sentimiento de enajenamiento de Dios que resulta cuando se llega a la plena consciencia reflexiva sin experimentar la unión divina. Por este proceso pasan todos los seres humanos, y en la tradición cristiana, es llamado pecado original². Así Jesús descendió a la muerte con nuestro pecado, experimentado en sí mismo nuestra separación de Dios, lo que nos hace incompletos. Así aniquiló nuestro pecado para siempre: «la serpiente de la muerte murió agotando todo su veneno en la carne del crucificado». A partir de ahora la unión definitiva con Dios es una realidad. Es por eso que para el creyente ya no existen las losas sepulcrales porque Jesús está vivo, es el Viviente.

Y es aquí donde se clava como una flecha la espiritualidad bautismal que también ahora celebramos. Hoy celebramos nuestra entrada en ese torrente de vida eterna en el que Jesús nos sumergió con su muerte y resurrección. Por eso esta Noche santa es la celebración del paso de nuestro fracaso a la realización plena de nuestro ser que es Cristo Resucitado que adquirimos en el bautismo. Es el paso de la muerte a la vida. Esta es la razón por la cual renovamos nuestro bautismo, porque eso significa: el sumergimiento en la muerte de Jesús para salir a una nueva vida, como Él, junto con Él, en Él: *Por Cristo, con él y en Él*. Es el paso de las tinieblas a la luz, nuestra Luz que es Él mismo. Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!

² Cfr. THOMAS KEATING, OCSO. *El misterio de Cristo. La liturgia como una experiencia espiritual*. Ed. Desclée de Brower